

Ensayo sobre las poesías de María Eugenia Vaz-Ferreira

«Para las imaginaciones pobres, las horas de insomnio trascurren en inquietud febril; para los espíritus fecundos, ellas pasan brillantemente y a prisa, mientras se escucha la divina música del pensamiento).

(Pensamiento inédito de M. E. Vaz-Ferreira).

«Toma la lira y el plectro,
ven a cantar los melancólicos versos,
.....
esos que llegan al alma,
esos que cantan los tristes
que tienen sólo esperanzas...»

M. E. Vaz-Ferreira.

Introducción

LA poetisa uruguaya de que me voy a ocupar, tiene como don dominante de su espíritu, la intelectualidad; y el extraño mérito de su facultad poética, se resume en una palabra: energía. Personalidad intelectualísima y poetisa enérgica: he aquí las dos fases que estudiaré

1

Al abrir el libro manuscrito que encierra las visiones o ideales de un alma poética, evoco, a pesar mío, a la autora en cuyos versos quisiera descifrar los *leit motiv* de esa música íntima apellidada poesía. El físico revela el espíritu: hallo esta notable correspondencia en María Eugenia Vaz-Ferreira. Sus cabellos, su cara, sus ojos tranquilos y hondos, sus actitudes, traducen a su espíritu modernista; semeja a esas figuras misteriosas y vagas como las esculturas egipcias que adornan las alhajas y los vasos modernos. Su musa es así fantástica a lo germánico desigual, melancólica; siempre extraña, cuando no enigmática; el límpido y sereno sol de Grecia no alumbra sus versos: es más bien «la casta y pálida Selene» que daba a luz a las danzas de los gnomos y hadas, entre las brumas tenues del Otoño.

Su primera poesía, *Las Ondinas*, asevera la última observación. Al lejano norte alemán, al Rhin, a los lagos germánicos, ha ido a buscar sus figuras poéticas.

El paisaje donde vienen a reposar las ondinas ligeras, es de nuestro país: sugiere la playa Ramírez. A menudo está allí, en verano, la poetisa cuando «el sol se oculta en lo infinito»,⁽¹⁾ al bajar el heleno Apolo a su mansion de oro. ¡Qué visiones grandiosas ven allí los temperamentos artistas! Ese mar tan augusto, tan sereno; ese cielo puro e insondable, hablan el más divino lenguaje, dicen la más preciosa nueva: paz, serenidad, belleza, salud, al ser que ame lo bello. Esto han dicho a María Vaz-Ferreira:

«Junto a la costa
donde la arena tibia y plateada
bañan las ondas,»

las pasiones nobles, aconsejaría ella siguiéranlas los jóvenes vates: sólo a la inspiración individualísima, a la

manifestación personalísima y original cabe producir la emoción estética y moral. Esta y aquella poesía que comienza:

«Ven tú que tienes el mirar sencillo,
los ojos claros, llenos de confianza,—»

son lo más conmovedoras. Si indagara su psicología, creo las hallaría inspiradas en la admiración que tiene la poetisa por su hermano, el filósofo. Ante él, cuya inteligencia es clara como las tardes del estío, de voluntad firme y valiente; ante él, que adora lo positivo de los conocimientos, debe ella sentirse como frente a una esfinge, llena de bondad, mejor ante un Sócrates virtuoso y noble; breve, la actitud de la ignorancia relativa frente al gran saber, dicta las intensas estrofas:

«Yo quisiera saber lo que pasa en tu mente
cuando cruza el tropel de los raros hechizos
el que agita y alumbra tu pálida frente
coronada de negros e indómitos rizos;

Cuando enciéndese y brota la chispa febea
con que sella su imagen tu anhelo gigante;
cuando nace y profunda germina la idea,
la que vence y sacude tu sien palpitante;

Cuando miro en tu rostro la huella que imprime
con sus ansias secretas un alma que piensa,
y el aliento febril que en tus labios reprime
la palabra que muere en tu boca suspensa,

.....
.....

Yo quisiera mirar el destello radiante
de ese extraño fulgor que en tus ojos oscila
e impregnarme de luz y vibrar un instante
en el brillo inmortal de tu negra pupila.»

La gemela de esta joya merece transcribirse por entero. Leedla, lector: es el lenguaje del alma nobilísima de la mujer intelectual.

«Ven tú, que tienes el mirar sencillo,
los ojos claros, llenos de confianza...
Tú, que marchas tan firme por la vida,
lleno de fé, de paz y de esperanza!

Tú, que puedes sentir las alegrías
sereno, sin angustias; tú, que esperas
que vuelva tras las sombras del invierno
el sol de las alegres primaveras...

Tú, que si me haces ver que no me amas,
la obcecada visión del bien perdido,
me das de constancia la promesa
con el cándido rostro sorprendido.

Y si a pesar de la razón yo dudo
y ves pasar angustias por mi frente,
con amable y solícita ternura
me vienes a pulsar, tranquilamente...»

El reino de la super-mujer vendrá.

(1) Frase de un verso de Rafael Obligado